

Sobre *La movilidad del presente*, de Humberto Valdivieso

*Juro que desde ahora nunca tendré que ver con la fe que expresa lo mejor.
Solo tendré que ver con la fe que deja lo mejor sin decir.*
W. Whitman

*

La movilidad del presente convoca este texto. Es el título del libro de Humberto Valdivieso y también, por si fuera poco, un enunciado de nuestra existencia. El epígrafe del poeta es una advertencia, un inicio amonestado, de no poder hacer justicia a un libro como este, tan hondo de arte y cavilaciones, en unas líneas modestas de reflexión. Mantener la fe siempre es importante: es el aliento secreto de la palabra, cuando presente que lo mejor queda sin decir. Desde que tuve noticia del trabajo de Humberto, recuerdo haberme sorprendido ante la formidable dificultad de lo que se planteaba, pues pensar el presente, *incorporarse* a ese pensamiento, implica atravesarse de problemas intelectuales y vitales muy agudos. Suele traer consigo un desafío a cualquier halo de nostalgia, que convoca la antigua valentía del estoico, pues, desde el presente, la vida devela sin mediaciones su rostro fugaz y transitorio. Devela que no hay refugio y, con ello, que lo efímero de las cosas ha de fortalecer el paso por el tránsito. Los años de disertación e investigación compartidas, me han permitido ser testigo de un *ethos* honesto que vive lo que piensa; de un carácter profundo que medita poética y filosóficamente el mundo. Esa comunión difícil entre lo pensado y lo vivido, celebra la herencia filosófica de los antiguos y su sentido más auténtico. Acaso por estas razones, estemos ante un libro con alma. Por tanto, más que un recuento destacado de lo escrito, conmovedor y desafiante desde sus primeras líneas, quisiera hacer una pequeña reflexión desde mi sensibilidad filosófica, sobre la fuerza teórica y espiritual del trabajo, su invaluable pertinencia y su originalidad.

El acento de la investigación está, como lo anuncia el texto, en lo contemporáneo, donde esa *mobilitas* del presente ha mostrado con vehemencia su matiz de agilidad y rapidez; es decir, donde el cambio no ha sido solo cambio sino cambio muy apresurado. Dar cuenta de esa

velocidad, pensarla con la fuerza interior que da vida a la palabra, supone, sin embargo, un espíritu sereno y fortalecido de la calma atenta que exige la reflexión. El trabajo que reclama una investigación que se nutre de la interioridad, el devenir y la belleza es especialmente arduo. Revelador del reencuentro contemporáneo con la comunión espiritual del hombre y el mundo. Ese acento reflexivo en la movilidad es, sin duda, un acierto académico e intelectual que dialoga no solo con nuestro tiempo, sino con intuiciones poderosas de la antigüedad, que solíamos, al menos, no privilegiar. Decía Diotima de Mantinea, la misteriosa voz femenina del banquete platónico, que nunca somos los mismos, nunca es el mismo mundo, pues un cambio indetenible nos constituye y constituye todo lo sensible. La existencia es un recorrerse constante, un hacerse cada vez, que nos exige un inevitable y difícil cuidado de sí. También nos los advertía con más fiereza la voz oscura de uno de nuestros filósofos más profundos, Heráclito, cuando en un fragmento afirmaba que hasta el sol era nuevo cada día. Porque el incansable movimiento de todo, es la verdad honda de la vida.

Pensar el presente, móvil en su naturaleza –de lo contrario sería eternidad y ya no sería tiempo, como dice san Agustín–, es retador en sentidos radicales. Especialmente porque nosotros somos parte de ese tránsito, de esa condición nómada que nos asalta la fantasía de estabilidad, y nos devuelve a la naturaleza inquieta del mundo. Esto significa que no podemos tomar distancia, que no contamos con lo que se revela desde la perspectiva, dones que se otorgan a la reflexión cuando *no* piensa su presente, cuando está en *otro* momento del devenir, y respira desde el horizonte donde las cosas se ven distintas, acaso más reposadas. O más reposados nosotros de los movimientos del pasado. En este sentido, una investigación como la movilidad del presente logra, y creo que es una de sus grandes virtudes, pensar el presente sin traicionarlo, sin hacerlo “objeto”, sin momificarlo, sin sugerirle direcciones, en medio del complejo equilibrio que tiene que forjarse el que no está *frente* a la situación sino *en* la situación, para decirlo con Gadamer. Consigue vencer la inenarrable complejidad de esa no distancia, y hace que su palabra nombre con belleza y honestidad el devenir que se vive. Tal vez esto explique el tono especialmente valioso que guarda el texto, que expresa lo vivido y no solo lo leído. Esta agudeza, quisiera insistir en ello, se logra a través de la fortaleza que concede la experiencia

de vida y de investigación. Sostener el alma serena, cuando se transita lo que se piensa, es un mérito que sobrepasa estas breves líneas.

En un presente que se ufana de lo efímero, que no se ancla en ningún espacio que brinde cobijo, viene por nosotros la implacable forja del carácter que hace frente a la nostalgia. Que nos vincula de otra forma con lo sucedido. Como dice Humberto, con frecuencia, recordando a Margarita D'Amico, y como un mantra para enfrentar la vida, «no hay que perpetuar la nostalgia». No me había apropiado yo de la verdad de esa afirmación, hasta que leí su libro. Hay una grandeza en el corazón de la existencia, capaz de renovarla cada vez, que embellece sus horizontes de cambio y renovación.

*

En este sentido, quisiera mencionar una línea aparentemente tímida del introito del libro que, en realidad, trae consigo una suerte de paradoja, pero que expresa el clima de nuestros tiempos: «Transformar es un hábito». Es bien sabido, desde Aristóteles, que el hábito es un hacer más o menos rutinario que, desde ese mismo hacerse, va convirtiéndose en nuestra segunda piel, en nuestra segunda naturaleza. Por tanto, si queremos ser buenos y virtuosos, tendremos que cultivar hábitos que fortalezcan nuestras almas para ello. No se trata de nada inmóvil, por supuesto, pues los hábitos están vinculados con su ejercicio, pero sí constituyen una cierta estabilidad para la vida, un cierto modo de vivirla, que hace posible que la virtud siempre repose en el virtuoso. O, dicho de otro modo, que el virtuoso no se abandone de su virtud. Pero cuando el hábito *es* la transformación, cuando la rutina que va labrando el hábito se desborda de cambio, de forma transitoria y divergente, entonces estamos cara a cara, sin ninguna diplomacia, con ese complejísimo clima de nuestros tiempos que no cultiva estabilidades.

Pues si el devenir no nos es desconocido, la transformación revelada como hábito sí nos da el tono de unas fuerzas radicalizadas de acontecer que se despojan de límites, fronteras, conceptos definitivos, disciplinas definidas, o cualquier cosa que se asuma más o menos concluyente. Incluso las nociones de hábito o rutina quedan desbordadas, pues el trabajo del alma es ese mismo hacerse cada vez. Nuestra segunda piel ha de forjarse, entonces, con las

divergencias, las transformaciones, las metamorfosis que se abren a destinos pasajeros y desconocidos. Lo que sintoniza, además, con una de las intuiciones más poderosas de nuestros días: los humanos estamos en tránsito. Ya no somos la completitud de la naturaleza, ni hemos alcanzado la plenitud de los procesos evolutivos. Somos estadios de procesos. Por ello, Humberto se plantea «un análisis hecho en el contexto de las transformaciones dadas en el instante: en el efecto del presente desplazándose». *Instans*, «presente». Transformar es un hábito.

¿Acaso no es cierto, como pregunta san Agustín, «que todo pasado es empujado por el futuro, y que todo futuro está precedido del pasado, y todo lo pasado y futuro es creado y transcurre por lo que es siempre presente?» ¿Dónde ocurre la vida si no en el presente? Lo pasado ya no existe y el futuro aún no existe: todo se crea y transcurre en el presente. Y hoy lo sabemos y lo vivimos, pero en medio de estas fuerzas desatadas que nos incorporan, sin escapes, en la inestabilidad de la existencia. Hay una vitalidad furiosa que ha levantado su voz con el ímpetu alternativo, de pluralidad, apertura y transformación. Las dimensiones contemporáneas que ha ganado el presente, sin omitir sus dificultades, podemos leerlas como una afirmación acalorada de las fuerzas de la vida. Como el coribante que baila para la diosa, desde las profundidades de su trance. En la obra de Humberto hay una manera muy profunda, muy destilada de mostrar la belleza de lo que ocurre en nuestro mundo. Como si los dioses hubiesen forjado para él un catalejo que siempre le permite encontrarla. Poco o nada se le escapa. Y donde algunas almas angustiadas solo ven confusión, él logra descubrir escondites de belleza. Sin lamento por lo efímero, pero sin ignorar el vestigio, el aroma.

Así, con su espíritu amoroso pero disruptivo y valiente, me resulta especialmente conmovedora su afirmación: «se trata de favorecer las discontinuidades». Es decir, se trata de favorecer la vida. De socorrer nuestras propias interrupciones, el derecho que tiene la existencia a recomenzar, a retomar, a deshacerse o regresar. A quebrarse en mil pedazos y desviarse hacia otras rutas. Reconociendo que somos, que secretamente siempre hemos sido, discontinuidad. Decía Marco Aurelio que cuando las cosas llegan a ser, ya se ha extinguido algo. Sostener lo contrario, lamentarse del acontecer, es abandonar la sensibilidad del mundo. Favorecer la discontinuidad no es enloquecer de inquietud, es reconocer lo efímero, la

impermanencia, lo extinguido, esa disolución de uno mismo que, a veces, es lo único que sostiene la verdad de las cosas.

Pensar la movilidad del presente, también implica, en su complejidad ya anunciada, tratar de reconocer las experiencias que transitan en secreto. Las que traman sus caminos a espaldas nuestras y un día nos sorprenden de transformación. Como la pena que se disipa, el fin de un amor o la opacidad a un color. En ocasiones, las discontinuidades son clandestinas. Precisamente por eso, decía Parménides, los hombres se equivocan cuando sufren el movimiento, cuando creen que existe esa extraña experiencia de vida y muerte, que significa «dejar de ser». Porque allí somos vulnerables ante las fuerzas del devenir, que son implacables como un designio olímpico. Pero la renuncia al mundo, ya no es una opción. Y a ese tránsito secreto, íntimo, donde no hay «propiedades, saberes o estéticas demarcadas», para decirlo con Humberto, su investigación nos presta su lente. Nos deja aún más conmovidos; acaso preguntándonos por la sustancia de la vida. Con el mérito inestimable de no proponer, responder o añorar algún *telos* que justifique el tránsito. Sin subestimar el misterio y la experiencia.

Por ello, la misión, como él mismo lo afirma, es mostrar, presentar fuerzas. La atenuación del color sucede con la especial invisibilidad de lo efímero, sin saber de su principio ni de su «causa final». Porque importa ese tránsito que palidece, sus fuerzas menguadas, mostrar las propias revelaciones. Quizá las resistencias a la movilidad tengan que ver con nuestro miedo a desaparecer, a lo distinto, a lo alternativo y a lo que no se eterniza. Unas palabras de John Cage, que Humberto hace tuyas, concentran el espíritu de lo dicho: «El mundo, lo real, no es un objeto. Es un proceso». En nuestra vida cambiante, de transformación vuelta hábito, la expresión de discursos emergentes, otrora callados o devenidos de creatividad, que valoran los recorridos y su movimiento, son el corazón de la vida. Y el arte, como suele suceder, porta la luz que adelanta nuevos caminos. Tal vez no pueda ser de otro modo, pues la expresión es el vaivén de la respiración, la vitalidad del alma que nutre el mundo, el amor secreto de átomos que fundan universos siempre cambiantes. Giorgio Colli decía, a propósito de la expresión, que pertenece a su naturaleza «dejar que se pierda en parte algo», pues lo que devela, lo que descubre, es «incompleto e imperfecto». Lo que no constituye una ausencia, un algo que

debería estar, sino una urgencia de «seguir expresándose, casi hasta alcanzar lo que siempre se le escapa». Como también ocurre al amor. Como nuestros tiempos de presente extendido, que no se completan ni se alcanzan a sí mismos; ellos son escape de devenir, fuga seductora que se inspira de creación. Acaso la única fuerza que sostiene los instantes tejidos de presente, que se desplazan sin destino, sea el deseo. La amalgama cósmica por excelencia.

*

«No tenemos paisajes, tenemos tránsitos», escribe Humberto, en un tono oracular. Somos universo en expansión, experimento, hallazgos. Este libro tan hermoso, tan original, tan urgente, escrito por un alma en transformación compasiva y serena, nos evoca tránsitos como los que recorren las tormentas de arena del desierto. Retoman su vuelo desde medio oriente, viajan por los cielos del mundo y se expanden al infinito. Llevan consigo travesías milenarias, linajes ocultos, que se atraviesan de misterios de otros vientos aventureros. Y así se forjan una nueva piel para sí mismas.

Nuestros tiempos son tiempos de ser frágiles, como tan bellamente nos recuerda el final de nuestro libro, con unos versos de Esdras Parra, en los que el poeta pide que se reciba su cuerpo «como si fuera nieve». Tiempos de reposar de resistencia, de amarnos en la finitud, de fluir con el proceso raro las cosas, pero con la fuerza creativa del desvío, que se devela de posibilidades para embellecer la vida.

Con la lectura de *La movilidad del presente*, de Humberto Valdivieso, emprendemos estos tránsitos sin paisaje, con el temple del que sabe que nada está desconectado del presente, ni de sí mismo, ni del devenir cósmico. Ese devenir que guarda sus secretos en los mismos lugares donde transitan los nuestros.

Lorena Rojas Parma